

Frente libertario

Madrid,
19 de junio
de 1937

Núm. 203

editado por el comité de defensa confederal :-: región centro.

Julio del 36, símbolo de unidad

Al cumplirse once meses de la sublevación de los militares y fascistas contra el régimen que el pueblo se había dado a sí mismo, en uso de los derechos que la ley le concedía, vuelve a ponerse de actualidad un tema que siempre ha sido trascendental, indispensable para la victoria, pero que en el mes de julio de 1936 fué una radiante realidad: la unidad limpia y escueta de todos los sectores antifascistas.

"El Sol" de hoy lo recuerda como condición fundamental de victoria, y, en realidad, condición fundamental de victoria es. Vea "El Sol" como no encuentra la menor vacilación en los órganos de la Confederación cuando habla el lenguaje de los verdaderos antifascistas, de los auténticos defensores de la victoria de los trabajadores españoles.

En julio de 1936, la unidad fué plena y real; entonces todos los luchadores de la libertad marchaban contra el enemigo común, sin una vacilación y sin una suspicacia; entonces todos los trabajadores españoles eran verdaderos hermanos y sentían en sus pulsos ardientes el mismo palpitante revolucionario y redentorista; entonces, en julio de 1936, todos los esfuerzos, todas las voluntades iban dirigidas a la misma y única meta: la victoria del pueblo, el triunfo de la libertad.

Era que, en julio del 36, no se había mezclado al torrente sano e impetuoso de las masas populares el veneno corrosivo de la política; era que los trabajadores seguían sus propios impulsos, obraban al dictado de sus más íntimas normas espirituales, no atendiendo a la férula dura, rígida y egoísta del pensamiento tual, y no atendiendo a la férula du-

Los militares se encerraron en sus cuarteles y la política se refugió en los oscuros antros, de donde nunca debió salir, atemorizada ante el empuje de las masas proletarias, que tantos y tantos cargos podían hacerle; los sublevados y los políticos temieron que descargase sobre ellos el castigo que ambos merecían.

Limpia la calle de traidores, el triunfo rotundo no se hizo aguardar y los cantos proletarios fueron cantos de victoria, rotundos e iguales en el heroísmo y en el sacrificio, hermanados todos por la meta única y escueta que los trabajadores españoles llevaban hondamente grabadas en sus pechos, hacia la finalidad definitiva de libertad y de paz, que era el ideal de todos los hombres que en julio empuñaron las armas para defenderse a sí mismos y defender a las generaciones futuras de los brutales zarpazos de la tiranía.

Entonces la política no estaba en la calle, no estaba al lado de los luchadores heroicos que vencieron rotundamente a la sublevación. Se hallaba refugiada en la lóbreguez cobarde de despachos y salas, aguardando el momento oportuno para hacer presa en la carne del pueblo y medrar, como siempre, a costa de éste, a costa de su esfuerzo y de su sangre, a costa de su heroísmo y de sus sacrificios.

Victoria tras victoria el pueblo marchaba entonces hacia su liberación definitiva y hacia el definitivo castigo de todos sus explotadores; pero el pueblo, incauto en su generosidad, permitió que al torrente limpio de su valor se mezclasen los deseos impuros de los arrivistas, de los que sin haber contribuido en nada a la victoria reclamaban para sí los frutos de la misma. La política, la comadreja cruel de los pueblos, la que siempre ha vivido a costa de sus dolores, de la sangre de sus hijos mejores, creyó que ya el peligro había pasado y que había llegado el momento de salir nuevamente a la luz del día dándose aires de matrona ofendida y vencedora de todas las intrigas, de todos sus enemigos.

Y entonces salió también a la calle su escolta inseparable, el egoísmo, y el bloque monolítico de los primeros días empezó a resquebrajarse a impulso de sus ataques y de sus añagazas.

A través de once largos meses de lucha y de sacrificios, el pueblo ha afirmado heroicamente su voluntad

de vencer y la política ha continuado impertérrita, haciéndole vacilar en el camino duro que a sí mismo se había impuesto, creando escisionismos que sólo al enemigo común beneficiaban, originando suspicacias, dando al aire rencillas y odios, cebándose siempre en la carne del pueblo, haciendo, en fin, de aliado inmejorable del fascismo.

Y éste, que sabe aprovechar las ocasiones, ha actuado enérgicamente, duramente.

Ahora, en este momento de recuerdo, cuando se cumplen los once meses de la Revolución y de la guerra, "El Sol" repite la consigna de unidad; y nosotros, que siempre hemos sido los más ardientes defensores de la misma, siempre que se montase sobre los auténticos sentires y quereres del proletariado y no sobre los egoísmos insanos de los políticos, aceptamos íntegramente las palabras de "El Sol", recogemos su invitación y decimos tan alto como siempre, tan claramente como en nosotros es costumbre hablar: UNIDAD, camino de victoria, senda de triunfo; si el pueblo español ha de lograrte íntegramente, tiene que sentirse como pueblo uno e igual, para lo cual es necesario, es imprescindible que sea arrinconada definitivamente la política y que los políticos sean reducidos al silencio por aquellos hombres auténticamente populares que sólo sienten en sus venas el latido noble y generoso de la liberación de todos los oprimidos, de todos los explotados.

¡Viva la unidad del proletariado!

EL INRI

Como si fueran pocos los trabajos y peligros que pesan sobre todos los luchadores que se encuentran en la retaguardia valenciana, como si no fuera nada el tener el frente a ciento cincuenta kilómetros o poco más, como si la aviación fuese moco de pavo para los que la ven volar sobre sus cabezas, ahora viene el Director General de Seguridad, y así, sin más ni más, de golpe y porrazo, sobre todo de golpe, va y les cierra los "cabarets" y demás lugares de honesta expansión en los que enjugaban el sudor de tantos trabajos como sobre sus espaldas pesan.

Decididamente nos encontramos ante un caso de verdadera injusticia; el Gobierno la ha tomado con los muy sacrificados y antifascistas camaradas de la retaguardia valenciana y no hay manera de vivir. Encima de tanto trabajo, de tanto esfuerzo, de tanto stajanovismo como están derrochando, se les priva de la posibilidad de prepararse para aventurillas del más puro estilo casanova. Y de todo tienen la culpa esos

brutos de Madrid, que se creen que son los únicos que con los de Bilbao están en peligro y han visto la guerra de cerca. Como si en Valencia no hubiera habido ningún bombardeo; dos y bien gordos, y además de aviación, que siempre da un poco más de repelo.

Con esa medida draconiana, después de las dos o tres horas que hay que estar en la oficina haciendo por lo menos el paripé y de paso chicoleando con la mecanógrafa (eso el que tenga la suerte de que la mecanógrafa sea guapa), bajo el sol abrasador de Levante, ¿dónde irán a pasar la noche, en compañía de unas agradables muchachas, a oír un poco de música negroide, a tomarse unos "wiskis" y a marcarse unos pasos de tango? Decididamente es una injusticia cual es difícil encontrar otra.

Sería bueno que el Director General de Seguridad meditase sobre las consecuencias de su medida. Porque puede suceder que los heroicos retaguarderos de Valencia se cansen, y entonces...

Las injurias son mala táctica, pero los asesinatos son peor

Cuando en lenguaje claro y rotundo se ponen de manifiesto los yerros y aun los crímenes que cometen los comunistas, ellos se encierran en el castillo invulnerable de su "línea" y escupen al rostro de todo aquel que les molesta la frase que ya se está haciendo estereotipada de "trotskistas" y de "vendidos al oro fascista".

Si en una época no lejana la burguesía española veía "oro ruso" donde quiera que nacía un ataque contra ella, ahora los inefables camaradas comunistas, que se han erigido a sí mismos en poseedores únicos de la verdad revolucionaria y guerrera de la hora que vivimos, ven "sueños de Franco" donde quiera que no se aceptan sus intemperancias y sus posiciones egoístas y antirrevolucionarias.

No atañe directamente a FRENTE LIBERTARIO el suelto publicado por el recién estrenado órgano nañanero del Partido Comunista de España. Pero dirigido contra "C N T", nuestro hermano de Prensa y de Organización, queremos decir estas pocas palabras, no para defender a "C N T", que harto bien sabe defenderse con sus propios medios, sino para hacer ver a quien tal suelto escribió que si las injurias son mala táctica, peor táctica, mucho peor, es cubrir los asesinatos que caprichosamente se cometen por sus esbirros en hombres de la Organización confederal y anarquista. Y que si la Confederación, olvidando la alta responsabilidad que le corresponde en este momento trágico que vivimos, en esta hora decisiva para los trabajadores españoles que transcurre, hubiese pasado de las palabras a los hechos—y conste que sobrados motivos ha tenido para ello—, quizás más de un redactor desenfadado hubiera tenido que escapar a la justicia del pueblo con el rabo entre las piernas.

Modérense los comunistas en sus ataques inmotivados, injustos y contrarrevolucionarios a la Confederación y a sus hombres; calmen las ansias asesinas de sus sicarios, y verán como no habrá ataques en nuestros periódicos y cómo la armonía volverá a rendir sus frutos de paz y de victoria sobre el enemigo común.

Reproducimos de "La Correspondencia" de Valencia, órgano de la U. G. T.:

"Los camaradas López, Peiró, García Oliver y Federica Montseny, no pasarán a las páginas de la historia política de España como grandes estadistas, como grandes estrategas; pero sí podrán figurar como gobernantes modelo de sinceridad y honradez en los procedimientos y en la conducta, que es cuanto exige la buena administración de un país y la Organización sindical a la que pertenecen."

LA ACCION ANARQUICA

El alma del movimiento anarquista es la aspiración a una sociedad de libres e iguales, que los anarquistas saben que no pueden conseguir sin la destrucción, necesariamente violenta, de la organización actual, sin la Revolución social, que en la modestia de sus fuerzas se emplean en preparar con la crítica inexorable del inicuo orden existente, con la educación de las masas a una comprensión más elevada y limpia de los organismos económicos y políticos a los cuales su esclavitud está inexorablemente ligada; para sostenerlos en su lucha contra los abusos del capitalismo y del Estado, como también contra las supersticiones y los prejuicios donde la tiranía burguesa encuentra su fortaleza más valiosa; para agguerrirlos para la Revolución que es el trámite indispensable de la revancha final del proletariado.

El anarquismo no es más que la lucha por un estado de sociedad en el cual el único vínculo entre los individuos sea la solidaridad; solidaridad de intereses, de intereses materiales y morales que tiene por resultado eliminar entre los humanos las bajas competencias del cotidiano vivir; un triste período que los animales llamados inferiores ahce mucho tiempo que, para nuestro vergüenza, han superado, salvo en los períodos excepcionales de escasez o aquellos otros períodos pasionales de amor, para reunirse solidariamente en una lucha más extensa, más grandiosa y más noble contra las fuerzas adversas de la naturaleza, a fin de conseguir formas de convivencia más completas, más vastas y más seguras.

Condición y carácter de la solidaridad son espontaneidad y libertad; y cuando decimos que contra el régimen burgués, el cual es dominio de la minoría sobre la mayoría, contra el régimen socialista, que es el dominio de la mayoría sobre la minoría, nosotros aspiramos a realizar la autonomía del individuo en la libertad de la asociación. La independencia de su pensamiento, de su vida, de su desarrollo, de su destino, tanto de las mayorías como de las minorías y nos dirigimos hacia un comunismo libertario, nos esforzamos en crear un "ubi consistan" económico, en el que esta autonomía política del individuo pueda traducirse en la realidad luminosa y feliz.

Sustracto económico de la convivencia del mañana será la propiedad común de los medios de producción y de cambio, y una vez realizada en la fundamental solidaridad de los intereses la tregua de los antagonismos por los cuales está dividido el género humano, entonces tendrá lugar la primera posibilidad de un orden social, pedido hasta ahora en vano a la sabiduría de los legisladores, a las disposiciones de los códigos, y por consecuencia la inutilidad del Estado, de sus jerarquías coercitivas y monstruosas: tendremos la anarquía.

Entre el comunismo, no ciertamente entendido como un nuevo aspecto de Estado, de Gobierno, condenado a reproducir en sí todas las iniquidades y todas las miserias de los Gobiernos que lo han precedido, sino como libre, voluntaria, solidaria cooperación de todos y de cada uno en la producción, y el individualismo en el sentido de que ninguna autoridad de instituto, de mayorías o de minorías, pueda interferir en el desarrollo y en la libertad del individuo o de cualquier manera atenuar su autonomía, no existe ni contradicción ni incompatibilidad: el uno es simplemente el terreno económico en el cual el otro encuentra la posibilidad de estructurarse, de ejercitarse. Son dos términos que se integran.

Todo anarquista fiel a la propia definición de negadores de todo privilegio, de

negador del fundamental y más inicuo de los privilegios: la propiedad individual de los medios de producción y de cambio. Es por consecuencia preconizador de un régimen económico, en el cual, desde la tierra a la máquina, a la fábrica, a cualquier otro instrumento de trabajo o de cambio, todos los medios de producción sean patrimonio social indivisible, es en sus aspiraciones económicas un comunista; así, como fiel a la propia definición de negador de toda autoridad y defensor por consiguiente de un régimen en el cual se realicen la independencia, la autonomía absoluta del individuo de cualquier dominio económico, político y moral, es necesariamente un individualista.

La anarquía no es una abstracción metafísica. El ideal anarquista ha germinado, crecido y madurado lenta y dolorosamente durante la experiencia de los siglos en los cuales las plebes han pedido sucesivamente a Dios, al Estado, a las leyes, al sufragio universal, el buen patrón, el buen Gobierno, el buen juez, un poco de pan, un poco de piedad, un poco de tregua, un poco de luz y de amor; y siempre en vano.

A medida que bajo las repulsas constantes y burlonas, su desconfianza en los semidioses se extinguía en el crepúsculo del desengaño y de la derrota ineluctable; a medida que en las batallas heroicas, generosas y desafortunadas ha venido revelándose su fuerza insospechada, y a través de los sacrificios y de los estragos a cuajarse de solidaridad instintiva primero, profunda, difusa, consciente y tenacísima después, las plebes reavivaron la fe en sus propios derechos y en su propia fuerza, que se había en vano humillado en los umbrales de los templos y de los tronos, de los Parlamentos y de los amos: creyeron en sí mismas y desde los grilletes entrevieron la liberación.



Las emisoras, la propaganda y los bulos

No sabemos en la mente de qué prohombre de la situación germinaría la idea espléndida de suprimir todas las emisoras de los partidos políticos y de las sindicales obreras e incautarse de la mayoría de las estaciones que esas organizaciones y partidos tenían en funcionamiento. Pero, desde luego, pocos son los motivos que tiene para ufanarse de los resultados de estas medidas.

Tenemos entendido que a ciertos Comisarios de las fuerzas de la Sierra, les molesta extraordinariamente que sus «subordinados» lean la Prensa Confederal. Y que cuando algún soldado pide «Castilla Libre» o «CNT» se le facilita amablemente «Mundo Obrero» haciéndoselo las consiguientes observaciones. Suponemos que estas actuaciones provocadoras entran dentro de la «línea justa política» que mantienen los «mejores» y los «mejores entre los mejores». Lo malo es que cuando se cansen los «malos» puede suceder que no quede tiempo más que para llorar.

En primer lugar se originó el consiguiente disgusto y malestar en todos, fijarse bien, en todos los sectores antifascistas, que se veían privados, por una medida de tipo más o menos draconiano, de uno de sus más queridos medios de propaganda y de emisión del pensamiento que sustentaban en torno a los gravísimos problemas que la actualidad plantea a todos los trabajadores españoles.

En segundo lugar se privó a los radioyentes de la variedad de programas por una parte y de oír por otra las emisiones de los asuntos de sus organizaciones propias. Además se privó a esos radioyentes de escuchar conferencias y charlas en torno a los diversos problemas que la actualidad planteaba y de oírlos exponer a la manera como el mismo escucha los concebía.

Y en tercer lugar, y esto es lo que reviste una mayor gravedad, se dejó campo libre a las emisoras facciosas para que inundasen el espacio con sus falsedades y con todas las noticias que tuvieran por conveniente difundir. Falsedades y noticias que, captadas por los simpatizantes con que cuentan los facciosos en nuestra retaguardia, y después de hábilmente aumentadas y corregidas, se convertían con toda facilidad en fantásticos «bulos» que sólo podían producir nulas ventajas y considerables inconvenientes.

Y ahora se ha caído—ya tarde—en este grave inconveniente que acarrea el suprimir a las emisoras al servicio de la causa popular en primer término, y de las diversas organizaciones sindicales y políticas antifascistas en segundo. Y como nadie hará orillar semejantes dificultades y tales inconvenientes, se ha acudido al expediente—que desde luego es fácil pero de no demasiado buen efecto—de hacer que las emisoras, por así decir oficiales, cubran todas las horas hábiles para la emisión.

Desde luego, mejor, cien veces mejor, es semejante solución que permitir al «bulo» y a la insidia campar libremente por sus respetos. Pero, sin embargo, no resistimos a la tentación de hacer al Gobierno una sugerencia que quizás diese buenos resultados, aunque también creemos que no merecerá atención ninguna ni mucho menos será puesta en práctica. Y esa sugerencia se encierra en esta pregunta:

¿Por qué no se permite que las emisoras

de las organizaciones políticas y sindicales reanuden sus actividades?

Con esto se cerraría el paso a los «bulos» facciosos y además se velaría porque la libertad, por la que lucha todo el pueblo español, no quedase completamente marginada en una de sus manifestaciones más importantes, cual es la libre emisión del pensamiento.

Existe un proverbio que reza: «La fortuna es de los audaces».

En efecto; los audaces, valiéndose de las circunstancias anormales que en los demás causan perplejidad y en ellos no, asaltan el trono de la fortuna.

Ese es el verdadero significado del proverbio, pero lo que éste no dice es que para mantenerse en ese trono una vez alcanzado, ya la audacia no es suficiente, hay que tener la capacidad necesaria para ello.

Y eso es lo que viene sucediendo con los «audaces» que en horas menudas de confusiónismo, cobardía y renunciamento advinieron a un poder por obra y gracia de un golpe «audaz» de fortuna.

Alcanzar la fortuna, la alcanzan, y la alcanzaron por audacia.

Ahora, razones para continuar en los puestos detentados, ninguna.

El pueblo, a causa de tanto reclamo publicitario, ha terminado por ver claro.

No vale que ellos digan «el pueblo está con nosotros».

El pueblo, en este caso el pueblo español, sabe perfectamente lo que quiere, sabe con exactitud en dónde están los valores, sin necesidad de tanto autobombo y tanta música de sabor exótico.

Los adornos de oropel, las florituras de los primeros tiempos, que pudieron engañar a algunos ingenuos, van desapareciendo poco a poco y se va haciendo la luz en donde se veían brumas sospechosas.

En fin, el pueblo es quien manda... aunque haya alguien que se haga la ilusión de que manda él.

